

Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica
Antología 1917 - 2000

Ampuero
Beleván
Calderón-Fajardo
Cueto
Castro
Dughi
Fernández
Iwasaki

Capítulo 4

Ortega
Oviedo
Pollarollo
Prochazka
Ribeyro
Sala
Sánchez Aizcorbe
Silva-Santisteban
Thays
Tord
Vidal

Primera edición: abril de 2002

Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

RELATO APARENTE

Dibujo 8. «El barón Karl von Grainberg dibujante es solo Karl von Grainberg, me dice Andreas, el barón es Karl».

Andreas piensa en un instante, imposible, que le permitirá ver aparecer a alguien por alguna callejuela oscura de la ciudad, saliendo de la nada, detrás de un carboncillo, a través de la espesura despiadada de la realidad.

Casi ocultos por el sitio que ocupan sobre el papel, un hombre muestra a dos mujeres la frondosidad de un árbol señalándolo con su bastón. Es sin ninguna duda el mismo patio interior de un castillo en ruinas, y la frondosidad del árbol tan espesa, que uno de los torreones es literalmente roído por el carboncillo. Las dos mujeres observan el árbol sin moverse. Los automóviles avanzan. El tráfico es impalpable a causa de la velocidad misma. Tráfico veloz, increíblemente veloz. Increíble, debido sobre todo —quizás únicamente, dice Andreas— a esos lapsos paradójicos durante los cuales, cuajados en su propio raudal, los automóviles se inmovilizan en la inmensidad. La visión roza los límites de lo imaginario, tráfico inaccesible al ser humano; tráfigo palpable solo a causa de un reflejo que nos llega a Andreas y a mí desde el puente, muy alto, donde lo vemos, hasta nuestras conciencias —tanto más inaccesible cuanto que Andreas me ha señalado, varias veces ya, la incalculable anchura del río, la vegetación alrededor verde-roja, exuberante—. Nuestra infinita pequeñez, todo aquello en lo que él me asegura otra vez caber demasiado. En una ciudad en la que ninguna antigua aparición ya es posible. Andreas me señala nuevamente el río.

Estamos totalmente sumidos en la oscuridad de la ciudad. La realidad oscila —o transcurre— porque el castillo, iluminado, permanece a nuestra izquierda, pegando su costra a la luz de un reflector. El carboncillo está inmóvil. Andreas señala el río, el castillo está sobre el papel, Clemens von Brentano y un carpintero no tuercen en silencio la esquina de una callejuela sucediendo, en realidad, al ruido de sus pasos —el brazo de Andreas me roza.

—La reconstitución exterior de un antiguo elemento de la ciudad es ahora imposible —me dice, como terminando una frase. «Un ruido, por ejemplo, ya no es. Es más: no puede ser. Es como si lo que te representaras fallara. Sobre todo porque lo que te representas no es el resultado de un pensamiento, algo absolu-

to, sino su memoria; una reconstitución mental imposible. Nada consistente, nada denso, nada volumen, solo un vaho natural. Si piensas sólo un poco verás», luego Andreas perdió su mirada en el río diciendo que la tortura tenía todos los privilegios, incluso el de la reconstitución, pero no tenía memoria. «La tortura no tiene tiempo».

Dibujo 11. La llama del encendedor de Andreas me cierra los ojos, el brazo de Andreas se recoge. Los muros del patio de Karl pululan de escombros (una pareja se abre paso). La minucia de Karl es impresionante: la pareja se abre paso efectivamente y logra llegar frente al muro mayor, cuyo trazo es tan perfecto que los bloques de piedra, progresivamente realzados por el carboncillo, se confunden con la realidad. Andreas y yo caminamos por las mismas calles —la aparición de Clemens von Brentano se borró por sí sola o Andreas me prendió el cigarrillo hablándome—, su brazo se recogió por la pasarela del puente. Andreas estaba todavía acodado sobre ella. El paisaje se endureció en plena realidad.

¿Beatriz?...

Andreas me miró como un perro con el rabo entre las piernas. «Brentano», decía despacio. «Karl».

—Karl. «Karl» —mirándome como embobado, luchando por reducir la calidad del barón dibujante a su solo nombre, y luego ese nombre al sonido a fin de ver si, pronunciado una y otra vez, este lograba también hacer desaparecer su significación.

—«Karl», dijo; repitió. Andreas guardó el encendedor. Las calles de la ciudad se superpusieron a las mismas, exactas, recorridas antiguamente por Clemens von Brentano, formando la misma imagen. Para Andreas, la realidad no fue un palimpsesto, lo que hubiera sido incluso agradable, sino la imagen misma de lo que ya no existía siendo lo mismo; o para decirlo apropiadamente, un palimpsesto al revés: la profundidad ocultando a la superficie; el pasado royendo la actualidad; la muerte superponiéndose a la vida, que se puso paradójicamente a morir, con Andreas y yo adentro. Mirado así, el río también fue también sinónimo de profundidad: profundidad chata, estática, evidente. Ancha conmemoración de lo que quedó a la vista de lo único que se podía contemplar en un río si uno se esforzaba en mantener la vista fija en un solo punto, es decir la ley de la inmovilidad; del cadáver plano, repetido. Profundidad a la carga eminentemente superficial —como cuando se dice que todos los cuerpos flotan—.

Así superpuestas a las de Clemens von Brentano las calles que recorrimos resultaron también de ese fulgor minúsculo (de un pensamiento artificial: la memoria terrible de Andreas. Cuando este me dijo «Beatriz es un paisaje». Él me

señaló el río. Reflejo inconsciente o no, el hecho fue que Andreas hizo ese gesto aturdido con la mano, casi informe de aquel que parece pensar demasiado en lo que dice pero que pide a gritos un interlocutor, aterrado por lo que acaba de descubrir, que el menor pensamiento es una memoria, que la realidad es una sola continua aberración, que el amor es un propio conducto y que solo la tortura tiene el privilegio de la reconstitución del pasado, pero no tiene memoria, ni tiempo. Andreas comenzó un ligero movimiento hacia atrás).

—Lo que es importante, es que el pasaje en cuestión es mío —dijo, luego Brentano desapareció en su memoria. Karl insistió: la realidad era inmensa y la minucia tal que la obsesión de Andreas no fue sino el resultado de la realidad. Clemens von Brentano había pasado rápidamente por su rostro impregnándose en él, solo para borrarse automáticamente. Andreas sacó la vista del río, se enderezó, se incorporó. Su expresión trajo en aquel momento toda la exaltación del viajero, de un recién llegado, o de un desconocido que hace todas las preguntas posibles mirándome como si verdaderamente Andreas hubiera venido de lejos. (Y si ahora digo viajero, o tildo la expresión alucinada de Andreas de inocencia, es porque coloco a Andreas en la órbita misma de sus ojos trayéndome desde lejos una mueca de pavor, que me dejó en silencio, y me dio la falsa impresión de dominar toda la ciudad desde el puente. Andreas acarició apenas el mentón de Beatriz con el dorso de la mano, tanteando una realidad, pero todo su cuerpo se abalanzó sobre ella asiendo violentamente los pechos y las nalgas y aferrándose desesperadamente a otra especie de esfera hasta que el cuerpo de Beatriz se deslizó hacia atrás. Andreas estaba completamente ausente.

Dibujo 18. Nos separamos para evitar un montículo de basura que quedó en medio, pasando al lado de inexplicables bustos romanos.

Barracks AZ BILL. 32 D. Cuartel General. AAM. Del fondo del torreón salió una pareja. Karl había hecho una ampliación. Un verdadero torreón. Andreas y yo caminamos todavía un rato hasta la plaza principal: una fanfarria municipal, una muchedumbre dispersa en el orificio de la plaza mayor. De una ojeada Andreas captó lo esencial: la noche. Luego aparecieron las fachadas de las casas del renacimiento, los ángulos, el cuadrilátero de la plaza se hizo con relativa facilidad: humo de viandas, ajeteo de kioscos, humareda de alientos, espaldas curvadas hacia adelante. —El frío—.

Una niña estaba mirándonos. La plaza se animó.

—Lo que me queda por decir, al final —dijo Andreas—, es que el pasaje de Beatriz es mío. Es importante... Estoy solamente pensando en que es lo último que me queda por decir, que el pasaje de Beatriz es mío—. La ampliación de

Karl estaba delante de nuestros ojos. Un magnífico torreón de piedra por encima de las fachadas, más allá. Alguien compró una piel de zorro plastificada en el kiosco principal, donde se vendía vino caliente. Su brazo se adelantó, retrocedió, Andreas miró en torno despacio, rápidamente. El mundo estaba lleno de símbolos. De vestidos. De emblemas. La niña estaba desapareciendo con sus piernas por una callejuela. La ampliación de Karl nos llegó a través de algo insignificante: el polvo del carboncillo nos dejó ver incluso un brillo opaco en la superficie del papel mirado en oblicua que no modificó en lo más mínimo la estructura del torreón. Es más: Andreas miró el torreón, donde todo estaba en silencio: la luz del reflector municipal incrustó al torreón en su sitio. Fue inevitable. Andreas me miró. En la plaza la fanfarria se materializó tanto como el frío, intenso, cual si la humanidad en aquel orificio lo hubiera decidido así (pero no. La gente echó aliento por la boca, charló varias veces, se distribuyó perfectamente durante esos minutos de un lado a otro del orificio central de la ciudad).

¿Adónde? ¿Y adónde es? Y quién, realmente, es ese hueco núcleo de la ciudad? ¿De qué ciudad? Y de-qué-modo. Con qué consistencia. Sobre todo: adónde, si cada quien tenía su respectivo punto de vista y se desplazaba sin término intercambiando sitios. La plaza con qué consistencia. Quién, en ella, con qué intenciones. Con qué manos en las manos, para verdaderamente tomar el mundo si un extraño tuviera de pronto la idea extravagante o escandalosa de decirle agárrelo. Señor, agárrelo... Y fuera de la plaza, más allá de las fachadas, cual una consecuencia viciosa, lo que Andreas temía sobre todas las cosas: otras plazas, otras ciudades: la contingencia. La simultaneidad. Ciudades inexistentes, en un magnífico y absurdo paralelismo exterior, sin ningún absoluto. La plaza, cuántas veces. Una inimaginable, improbable, cierta, y angustiosa repetición. Un tiempo infinito, silencioso, a partir del movimiento de una plaza. La unicidad de la plaza estaba rompiéndose en mil pedazos. La realidad pasó por la memoria de Andreas. Andreas me hizo un gesto nervioso, hubo un extraordinario barullo exterior, viniendo de atrás de las fachadas, mucho más allá del torreón de Karl pero que rebotó claramente en medio de la fanfarria hasta que pareció desvanecerse. Nos preguntamos de dónde podía venir. ¿De dónde? La niña estaba mirándonos, con sus piernas. Andreas escuchó nítidamente el grito prolongado, hercúleo, de una estrecha sala de tortura.

Sala de fiesta. Snack donde se come mirando la fachada incomprensible de una iglesia barroca. Tiempo atrás el snack había sido salón. Por la ventana Andreas miró una iglesia barroca incomprensible. Su memoria se detuvo en el ancho espacio del snack, entre emblemas y muebles de estilo, candelabros, minuetos, lenguajes, aplicaciones de estuco.

Dibujo 21. El snack estaba soberbiamente situado en el piso superior, dando frente a esa iglesia reflejada. ¿Qué iglesia? Andreas me prendió el cigarrillo. Karl había cabalmente reproducido el río, visto desde el torreón donde estamos; yo me acerqué a los bordes del muñón, reproducidos al milímetro exacto, desde donde podía observarse la amplitud del río; Andreas y yo estábamos en silencio, con la posibilidad del palpar toda la solidez de la realidad. La iglesia, sin embargo, estaba allí. Karl había sido suficientemente precavido como para dejar en su superficie, cual una jerga obscena e irresponsable, putti, guirnaldas, delfines, arabescos detrás de una ventana. Las aplicaciones de estuco del snack, pensándolo bien, podían todavía desprenderse, romperse en cristales sobre nuestras cabezas, encontrar entre los escombros restos de ventanas barrocas, arquimesas, chorreras, pedazos de río. Andreas me estaba apretando violentamente la mano. La niña no estaba allí.

Cuando pienso que la circumspecta agitación del snack se había reducido para Andreas a algunos cuantos objetos desmesurados: las aplicaciones de estuco encima de nuestras cabezas, una iglesia barroca y la inmensidad del espacio de un salón de baile que ya no era, exactamente en el mismo sitio, me parece comprender que el dolor que me pasó Andreas al mirarme de ese modo me transmitió algo mucho más grave: cómo el pasado del compañero que él tenía al alcance de su mano era también invisible. Y si yo, en buena cuenta, estaba allí. Hubo una inconcebible disociación. Clemens von Brentano desapareció por un callejón. Desde el torreón las casas que bordeaban el río se destacaban correctamente unas de otras, perfectamente adaptadas —hechas— al espacio exterior. La reproducción de Karl permitía todas las reconstituciones posibles, mas la realidad, perfecta, se sustrajo otra vez. La disociación también fue manifiesta alrededor del Barracks AZ BILL y del Cuartel general. Los transeúntes no miraban, a fin de aprehenderlos en su verdadera significación, o de destruirlos. Los bustos romanos expuestos sobre zócalos ni parecieron percatarse, en la plaza, de que el aliento de sus bocas escondía durante algunos segundos las mismas fachadas del renacimiento: los lectores en los kioscos de libros y revistas no leyeron tampoco las verdaderas páginas. «Señor, agárrelo»... Y como una profecía salida del vientre mismo del snack sobrecargado de escaarpines, de candelabros, de faldones y otros murmullos los dirigentes de la ciudad no se conformarían tampoco a lo que Andreas me lanzó de pronto, «pueblo», gritándome. Como si no hubiera habido nunca bustos romanos en las calles o verdades absolutas para proclamar o pueblo, lo que hubiese sido perfectamente normal si nada de todo aquello se hubiese puesto a continuar.

—¡Qué mierda hacen bustos romanos aquí!

En la memoria de Andreas la disociación se estableció para siempre con la misma impasible inmoralidad. La simultaneidad se empecinó en resonar, en agregarse, el eco se dilató en sus oídos al punto de que en todas las plazas Andreas escuchó el mismo alarido hercúleo (pero allá no hubo ninguna disociación. El barullo que Andreas acababa de escuchar en al plaza pareció unísono, tanto más cuanto que el grito de todos esos Hércules como Andreas, o Ingmar, se reprodujo al mismo tiempo en todos los rincones de la ciudad a favor de altoparlantes de alta fidelidad. Recorriendo las callejuelas, atravesando prestamente cloacas, badenes, filtrándose incluso por arterias, tuberías, fisuras puertas y ventanas; alimentando a los escuchas, hasta que también el silencio llegó).

Andreas imaginó algo insólito: Beatriz pasando por la plaza delante de él y desapareciendo por el otro extremo. No fue necesario, además que la humareda del tumulto la ocultara o la confundiera con los otros en ese frío: Beatriz pasó como un espectro. Completamente lejos de Andreas, sin prisa, tan luminosamente lenta en ese transcurso interminable que Andreas pudo descomponer sus pasos, ver a Beatriz pasar por trozos, dejar detrás de ella miembros extraños como si Andreas hubiese querido ver en cada uno de ellos la certidumbre de Beatriz —o recomponer un (imposible) pasaje—.

Dibujo 36. Andreas atravesó rápido la plaza, la cabeza gacha; detrás de él quedó la cárcel como una mole. Estaba todavía allí cuando Andreas, más adelante, volteó para acordarse, para saber. Beatriz ya no estaba tampoco allí, ni Carlos, ni Ingmar. El aire que se respira otra vez es casi una agonía cuando está desprovisto de sistema electrónico: la celda de Andreas fue una máquina perfeccionada. Al frente, separada solo por el corredor central, tomó sitio la celda de Beatriz. Otras celdas se distribuyeron a lo largo y ancho del sétimo piso. La de Carlos, la de Ingmar, la de Javier, la de Enrique. La celda contigua a la de Andreas estaba vacía; en la suya la ciudad se adivinaba a través de un simple ojo de buey. Andreas y yo observamos mucho tiempo, mucho tiempo el dibujo de Karl. No es que hubiera habido semejanza. No; pero los bordes del muñón del torreón de Karl, desde donde observamos la amplitud sofocante, angustiosa, del río, están tan bien delineados, que el torreón parece una ruina; y debemos mirar la ampliación de Karl para saber. El corredor central estaba iluminado permanentemente por un potente reflector manipulado electrónicamente como un faro pirata. Cada vez que Andreas salió de su celda la intensa claridad del corredor, aun de

día, le recordó la realidad del corredor. Faro y ojo al mismo tiempo, distribuido en todos los lugares estratégicos de la cárcel simultánea al ojo blanduzco de los carceleros que no les quitaron jamás el ojo de encima. Así fue de todo su cuerpo controlado y grabado por la arquitectura mental de la cárcel, al punto de que cuando el cuerpo de Andreas era dos —esporádicamente al lado de Beatriz, de Ingmar, de Carlos— la máquina se percataba del enrarecimiento del aire. Cada gesto fue captado y archivado por un faro de control total al que ningún signo de vida escapó.

Una maqueta que reproducía el piso de Andreas, desprovisto de techo, mostraba a los detenidos la indecencia de su propio espacio, la celda de Beatriz, la de Ingmar, la de Carlos; la de Enrique, la de Javier, la galería para un paseo diario, los faros piratas, la distribución de recorridos, el laberinto de formas, la ubicación exacta de cada objeto. La ejecución de futuro. Solo faltaban ellos en esa diabólica reducción de la realidad, pero para eso ellos estaban allí, no tenían sino que pensar. Andreas no tenía sino que ocuparse en sí mismo. Parado delante del ojo de buey, sin distinguir la ciudad, sin vida casi, exaltado por la sola percepción física del mundo y la realidad de su propia mirada, Andreas miró el río, se detuvo en sí mismo, pensó en Beatriz, recordó la perfecta distribución del laberinto convirtiéndose en uno de los recovecos del tiempo. La plaza explotó. Una pareja señaló el río. Andreas dirigió su mirada a cada una de las cuatro esquinas de la plaza a partir de las cuales el tiempo tomaba lugar: la aparición súbita de Clemes von Brentano; la noche del renacimiento pesando toneladas de oscuridad; una mujer antigua recostándose en la pared de Andreas, las campanas de la iglesia barroca llamando a vísperas. La niña se paseaba por la plaza, pasó delante del sex-shop. Dos mujeres estaban de pie en un espacio minúsculo, el único libre en medio de los escombros del patio de Karl. Delante de ellas el muro mostraba alineadas cuatro ventanas, sin postigos. Sus vanos daban al vacío. Ventanas de una fineza milagrosa: el carboncillo las había plasmado. Karl había dibujado hasta la textura de la piedra, los bordes, las molduras, las articulaciones, el peso. La perfección del acabado dando cara al vacío; el modelo, la abstracción. Lo inexistente. Detrás de las dos mujeres, dos mujeres se acercaban para ocupar el sitio de las primeras. Me sorprendí mirando el dibujo. Andreas no estaba a mi lado. La serenidad que parecía propagarse en la plaza pasó delante de Andreas. La quietud que pareció desnudarse y exhibirse frente a él, paralizado en presencia del espectáculo de una comunidad completamente extranjera a la realidad, atravesó la plaza bamboleándose. Andreas estaba parado inmóvil, casi erguido. Sus ojos se nublaron. Yo me acerqué. En verdad, en la plaza la gente hablaba lenguas incomprensibles, varias, al menos, que muchos no entendían. Ni Andreas ni yo, en todo caso. Una barbarie singular. Andreas miró a la

niña. Sus piernas eran las de Beatriz. Sus caderas eran las de Beatriz. Una cabellera indolente. Manos expertas en conocer las cosas, en definir las. Piel adecuada con toda seguridad al tacto. Boca de animal. La niña tenía la boca entreabierta. Su finalidad no parecía específica. Beatriz era una anarquista. Karl había retocado cada uno de los ínfimos elementos de las ventanas con un escrúpulo tal —detalles, sombras, o accidentes— que era posible pensar en una ventana perfecta reforzada por otra más perfecta aún, en un esfuerzo —calmado, sin embargo— de Karl por asegurar la fidelidad de un hecho.

Andreas abrió bien los ojos. La plaza estaba allí. Él estaba allí. La noche fue tangible. Incontestable. Su miembro se llenó del sexo de Beatriz, recordó una pulsión alejada. Una encajada difusa. Una especie de proyección que lo impresionó como una prensa; luego no hubo nada.

La plaza transcurrió todo el tiempo en que Andreas y yo nos mantuvimos en su seno —por así decir—. Incompleta no por inacabada sino por haber sido al contrario demasiado terminada, retocada, trabajada al máximo de ella misma y en la cual cada fragmento adquirió vida propia, y autónoma. Fue curioso: Andreas tuvo fielmente la impresión —paradójica, tanto más probante— de que la realidad fue ese acabado in-finito: la niña evolucionó como un fragmento de la plaza, y esta no pareció justificarse sino como un fragmento de la comunidad. Andreas se tocó. Recordó el rostro mutilado —muerto— de Ingmar. Sin cara, sin morfología exterior en medio de esa multitud de pedazos tan bien calcados de realidad, la tortura permanecía en silencio —fugitiva—. Inalcanzable; completamente desconocida. Sin sitio. Los puercos de la cárcel habían comido los restos y hecho desaparecer las huellas. «Así será mejor para los cuerpos políticos, para la niña de Karl», dijo Andreas, quien me preguntó, en silencio: quién se superpondrá a nosotros al día siguiente. Cómo podremos mirar (el carboncillo no tenía substancia y era perfecto), cómo agarrar (con solo estirar la mano) las fachadas de las casas a lo largo del río, tan sólidas. Andreas vio sorprendido la luna a través del ojo de buey.

Dibujo 51. Andreas vio aferrado a su cama la luna ocupar exactamente la circunferencia del ojo de buey. La última carta de Beatriz: «siento la médula espinal llegarme al cerebro a punta de comprensión. Siento el alma salirseme meada por el cuerpo, Andreas; la imposibilidad atroz de articular una sola palabra, de comprenderle el sentido, a punto de comprensión», pasó. Andreas trató de mirar el fondo del río. Solo vio un punto fijo y una superficie definitivamente chata: de dónde le venía a Andreas el deseo de muerte. Dónde la sombra del sabor anarquista de su propia madre. Dónde exactamente la sombra de los combates

anarquistas de su propia madre, el sabor visceral del internado de su adolescencia, calor alucinante sin embargo, específico, carceral y viril. Un deseo loco de retorno. Dónde esa coherencia mortal. La suma de todos sus compañeros de cárcel no alcanzaba a totalizar ni a explicar a pesar de los esfuerzos de Andreas la milésima parte de su soledad —aún en medio de una plaza pública—. Andreas —repitió— había nacido de esa sombra, y su memoria se anclaría durante muchísimo.

Tiempo en el deseo de que no lo despojaran de la sombra de donde provenía. Pero allá había la sombra del vientre de los puercos políticos. Obsesión, quizá, la realidad en la plaza se estaba llenando de máscaras, de sonidos. Alguien al lado hablaba en lengua extranjera; la expresión resonó hueca como un vocablo sin relación; un coágulo sonoro, de trayectoria vertical. Más allá de las fachadas del renacimiento otras plazas eran reproducidas. Casi, hubiéramos dicho, por sí solas. Nada, en verdad, se movió. En la simultaneidad, incomprensible para Andreas, de la ciudad; en su falta de diferencia y en la completa indiferencia de la plaza, se puso a reinar el prodigio de la muerte. «Sentir moverse tus células, Andreas; despertarte en tu celda y abrir los ojos: imposible saber si tiembles de frío o de fiebre, si eres, si estás. Imposibilidad total de recordar». Andreas no pensó en Beatriz. O si pensó, se sintió llevar a cabo el mecanismo de no saber realmente. Llorar fue el ápice de esa ignorancia. La luna estaba en el lugar exacto ocupado antes por el ojo de buey; Andreas miró precipitadamente la puerta de su celda; luego la luna, que infló el cuarto. Sus ojos se dieron, estupefactos, con una superficie únicamente blanquecina sin cualidad, sin contexto; sin materia, sin atributos; sin definición, que lo estaba desplazando brutalmente de su celda. ¿Eran acaso alguna superficie? Andreas se sujetó de los barrotes de la cama, se levantó. La sensación de su cuerpo no fue artificial —alejada—. Su cuerpo estaba recibiendo de lleno un movimiento o una acción, un gesto como el de quien toma una manija para abrir una puerta. Andreas sintió el piso ancharse, en todo su cuerpo establecerse una relación, de él a algo. El dolor fue esa relación. La libertad, había gritado Beatriz, era desfigurar a los otros para siempre, lo que era cierto, pero la libertad era imperfecta. Simplemente: la incoherencia existente entre una realidad y su metáfora, la aberración, delirante, de tener siempre que nombrar una realidad para comprenderla fue paralela al dolor de no sentirse solo en una celda, puesto que la imperfección más grande fue en adelante la de no poder jamás conocer el dolor ajeno. El gesto de Andreas había sido ese. Los puercos estaban vestidos. Andreas no pensó en Beatriz.

La luna desapareció, los puercos bailaron.

La luna ya no estaba allí.

¡Ingmar!

Había muchedumbres girando en torno a plazas cuadriláteros dameros.

El silencio estuvo a punto de estallar. Hubo un momento impresionante porque la celda se había alterado agudizando el espacio, cuando el silencio del piso entero cobró vida. Andreas seguía allí. La comunicación con los otros se hizo como las corrientes, pasando de cuerpo a cuerpo; a pesar de ello no fue el cuerpo de Andreas quien se acordó de los compañeros de cárcel. Fue otra cosa. Una champa de plomo alrededor presionando el cerebro y aislando la cárcel, el piso, la maqueta, la celda y la memoria de Andreas pensando abotagado en Beatriz, en Ingmar. Todos dormían además; pero fue con toda seguridad aquella alternativa del silencio que provocó la impresión de un universo suspenso en el centro mismo del silencio que se abatió sobre la cárcel: todos dormían respirando. Para Andreas la revelación fue casi trágica porque el universo se suspendió de ese ritmo tan familiar y arbitrario de la respiración; de las posturas acostadas y diferentes de Beatriz, de Ingmar, de los otros, sobre todo de sus posturas acostadas en la noche; sobre todo en la noche, en un inclemente derroche de libertad (y la soledad hizo más intenso el espacio exterior; Andreas supo, otra vez, que aquel derroche adoptaría las posturas que quisiese guiado incluso por el dolor, aun insensible).

La niña nos miró. Andreas prendió con dificultad un cigarrillo al cruzarnos con ella, recordó la profunda impresión que le causó ver el anarquismo de su madre impregnándose en las paredes de su celda igual a una copia. Se levantó. Su escándalo no se dirigió a su madre ni a la estúpida herencia de un gesto. Había una inteligencia superior capaz de abofetear a Ingmar con un guante idóneo, despellejado previamente: la propia piel de la mano derecha de Ingmar. Había la herencia del puerco, la caricia de un cuerpo político.

Dibujo 70. Un hombre camina sobre el muro. Bastón, sombrero, abrigo, zapatos de charol, mano izquierda en el bolsillo del abrigo. Si avanza se caerá al llegar al límite del muro. Caerá sobre los escombros, sobre ortigas y sobre pedazos de ánfora. Un hombre de perfil camina hacia un muro ciego. Bastón, sombrero, abrigo, zapatos de charol bajo un reloj solar. Andreas me señala el

gran dibujo de Karl. Palmas; escudos; leones; armas; acantos; tríglifos; cariátides; gallones; franjas; conchas; paños; músculos; florones; molduras; zócalos; peras; mascarones; antebrazos; guirnaldas; ovos; volutas; surrealismo; locura. Sinrazón. Quizás, en última instancia, esa siniestra maravilla bajo forma de escombros en forma de decoración. La niña pasaba al lado de las inmundicias de la plaza, puso una moneda, en el recipiente del órgano de Barbaria. La sirena de la policía se escuchó en las cercanías, se quedó en medio. El anarquismo era abierto. Ineficaz, ruidoso, inerte porque imposibilitado de seducir, la tortura al contrario era cerrada, eficaz, silenciosa. Vívida. Comunicativa. Andreas no se movió. La niña estaba tomando otra dirección. El cuerpo de Beatriz lo angustió. En medio de la plaza, que en buena cuenta no cesaba de agitarse, Andreas tuvo miedo de pensar que el cuerpo de Beatriz lo ahogó porque era precario: que la inmortalidad no era un problema. De decir: no hay sino la muerte, no es que la muerte es la única que gana; es que nadie pierde: no hay sino la muerte. Andreas estaba mirando el torreón. No ha pasado nada. Clemens von Brentano miraba detenidamente el busto de Cicerón. Ingmar había sido obligado a rasgar su guitarra con esa piel; luego le cortaron los dedos, uno a uno. La niña pidió algo al organista. (Andreas seguía mirando fijamente el torreón de Karl —para ello no hizo ningún esfuerzo—; Andreas miró el espectáculo: de cerca, o de frente a frente, el cuerpo de Beatriz le parecería perfectamente conocido; su presencia una conformidad, acuerdo, armonía, concordancia. Algo «conforme». Una suerte de fidelidad a la existencia de Andreas: mirada de lejos, apenas a una distancia prudencial, la misma Beatriz se transformaría en mujer, una solitaria bellísima en un café; una imagen imperecedera e inexistente —una desconocida con senos, historia, posibilidad. La imagen misma pura y simple del deseo. ¿De quién?

Reproducirla lo mejor posible. Hacer como si no la hubiese olvidado. No pensar en ella. Retener sus formas, sus facciones, su morfología interior. Retener las formas de Ingmar. Nada debajo de la nariz y encima de las comisuras. Nada en la boca abierta —ni siquiera así la boca pareció figurar un velo negro; sin mejillas, sin cara— los dedos y las orejas ya habían sido arrojados a los puercos. Era curioso: los ojos y la piel de Ingmar sin color, la plaza empecinándose en su cuadrilátero, en sus fachadas, en sus copias universales: la tortura insistiendo en ausentarse cínicamente de los límites, de las huellas. «La tortura no tiene forma, me lanzó Andreas. Comida en las pocilgas pasa por encima de las fachadas como una constelación». El tráfago mirado desde el puente no es tampoco capaz de rozarla. No es que él sea demasiado veloz. Es que no hay distancia. Qué pasa. Nadie ha dicho quitarle la superficie a los dibujos de Karl y qué realidad quedará; Andreas creyó quedarse acodado sobre el puente delante de un reflejo, o delante de sus propias postrimerías, o peor que eso, delante quizá de una expre-

sión particular remedando a un sabio, no hablando a la multitud en las plazas para hacer obra útil sino solo para hacer oír lo que resonaba adentro de él. Lo único que pudo articular en ese momento fue lo que dijo acerca de Beatriz: estoy pensando en que es lo último que me queda por decir, que el pasaje de Beatriz es mío. Es importante. Clemens von Brentano reapareció escurriéndose por alguna falla de la realidad. El surrealismo sí tiene forma, dijo Andreas en un último espasmo. Su celda estaba llena. El silencio —sobre todo— se mantenía de la maqueta al edificio entero gracias a la misma constante manipulación electrónica: el silencio hacía rondas. Andreas miró la plaza, memorizó el día de ayer, me vio fumando el cigarrillo, me miró. La niña no estaba allí; ni Clemens von Brentano; Ingmar tampoco. El sexo podrido de Beatriz olía todavía a brea caliente y a vidrio molido, a esperma de puerco, y las ampliaciones verídicas de Karl manipulaban todo el espacio de la ciudad: los escombros probaban, y viceversa. La brea olía a brea, Beatriz había sido torturada con cuerpo médico. Con música. Con placer. Una maqueta del placer hubiera sido muy capaz de reproducir los labios de los puercos escarbando el sexo de Beatriz, la tortura, sincopándose en el infinito y en el infinito del sexo, reconstituiría fácilmente esa novedad. Nadie se movió en la plaza, nadie hizo un gesto o, más bien, la plaza no se movió. La gente intercambiaba lugares y fue como la simple inexistencia del tiempo —el silencio obsesivo, rítmico, computado e insostenible de la tortura cual una comunicación regular.

Había el río y la necesidad natural e imperiosa de borrar las huellas. Los cadáveres que flotaban en la oscuridad del día confundían sus formas con las inmundicias de ambas orillas. Era un mimetismo, se decretó ley.

Namur, primavera-invierno 79

M. Yourcenar

S. Kierkegaard

P. Goldman

U. Meinhof

(En Hueso Húmero, Nº 8, enero-marzo, 1981)

LUIS ENRIQUE TORD

Luis Enrique Tord Romero nació en Lima en 1942. Ingresó a la Facultad de Letras y realizó estudios de Historia en la Universidad Católica entre los años 1958 y 1961.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Oro de Pachacamac. Cuentos. Lima: Ediciones El Virrey, 1985.

Espejo de constelaciones. Cuentos. Lima: Australis, 1991.

Sol de los soles. Novela. Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal; Editorial Universitaria, 1998.